

Alabar a Dios con aleluyas

Kathy Kuczka

¿Ha experimentado usted cierta resurrección, como cuando una profunda desesperanza cede a la maravillosa esperanza? Me sucedió cuando mi madre sufrió una hemorragia cerebral.

Por casi una semana, Mamá estuvo postrada en una cama de hospital, sin poder hablar ni moverse. Fueron días de desesperanza, que parecían eternos. Cuando los médicos decidieron operar, el miedo me atenazó. ¿Sobreviviría a la intervención? ¿Podría volver a caminar y a hablar? ¿Volvería a ser la mamá que mi hermano y yo conocíamos y amábamos?

La ansiedad y la impaciencia guiaron nuestra espera aquellas nueve horas de prueba, hasta que el cirujano apareció. Nos dijo que Mamá había salido bien de la operación, pero advirtió que “si su madre emite algo en las próximas veinticuatro horas, aunque sea una tontería, será una gran señal”. Junto al lecho, mi hermano y yo aguardamos cada hora de la noche. Con lágrimas en los ojos, nos levantamos a darle las buenas noches, cuando pasó. Mamá comenzó a hablar. Nos miramos con incredulidad y asombro. En un instante, la pena cambió en promesa. Las únicas palabras que podíamos decir fueron de alabanza y agradecimiento.

Alabanza y agradecimiento están en el corazón de la proclamación del evangelio. En el evangelio encontramos los relatos de Jesús, palabras y relatos que transforman la pena en promesa y nos llenan de alabanzas y acciones de gracias. Por eso, el evangelio se considera el clímax de la Liturgia de la Palabra. La proclamación del evangelio es tan relevante que va acompañada de gestos especiales y símbolos, una procesión y el uso de velas e incienso. A la proclamación antecede el canto del Aleluya.

La palabra *aleluya* es una transliteración de la hebrea *Hallelujah*, que significa “Alaben a Dios”, y nos la encontramos en muchos Salmos. El salmista, recordando las ocasiones que Dios socorrió a su pueblo, se llena de agradecimiento e invita a otros a unirse en alabanza. La única vez que la palabra “aleluya” aparece en el Nuevo Testamento es en el Apocalipsis, en forma de un refrán hímico que ensalza a Cristo resucitado y celebra la inauguración del Reino de Dios.

Por esos textos sabemos que el uso del *aleluya* es muy antiguo en el culto. Como nuestros ancestros hebreos, los cristianos primeros expresaron alegría, gratitud, esperanza y triunfo con esa palabra.

Decir *aleluya* es gloriarse en Dios, llenarse de orgullo en la alabanza, gritar de contento. Por eso nos ponemos de pie para cantar el Aleluya, impacientes por las palabras de esperanza que deseamos escuchar en el evangelio.



Cantar el Aleluya es anticipar la esperanza, recibir la alegría, encontrar la gracia divina.

Después de la lectura que precede al evangelio, se entona el *Aleluya* u otro canto prescrito por las rúbricas para el tiempo litúrgico. Una aclamación de este tipo constituye un rito por sí mismo, pues los fieles reunidos dan la bienvenida y saludan al Señor, que les va a hablar en el evangelio, al tiempo que profesan su fe cantando. Todos cantan de pie, guiados por un cantor o el coro; la aclamación puede cantarse cuantas veces sea necesario. Por su parte, el verso es entonado por el coro o por el cantor (ver *Institución General del Misal Romano*, 62).

Los versos del Aleluya están en el Leccionario y conectan con frecuencia con el evangelio a proclamar.

En el tiempo meditativo de la Cuaresma, se reemplaza el Aleluya con otra aclamación o alabanza. Esto crea un sentido de anhelo por la alegría pascual que culmina en un dilatado y elaborado canto del Aleluya en la Vigilia Pascual.

Es tan importante el Aleluya que se ha de cantar, no recitar. Por eso, la aclamación al evangelio, el Aleluya, nos impulsa a elevarnos para saludar a Dios que vive con nosotros. Cantar el Aleluya es anticipar la esperanza, recibir la alegría, encontrar la gracia divina. ¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado!